

ARTÍCULO DOCUMENTAL

► EVOCACIÓN DE MARIO BREA, MAESTRO INOLVIDABLE*

AUTOR:
DR. FLORENTINO SANGUINETTI

Recibido: Marzo 2009

Aceptado: Abril 2009

Correspondencia: revista4@caccv.org

Estas jornadas llevan el nombre de Mario Brea para honrar a uno de los más ilustres promotores de la investigación y de la docencia; a uno de los hombres sobresalientes de la universidad y del país.

A mí, personalmente, como a cualquiera de sus discípulos, resulta emocionalmente difícil evocar al maestro porque mantuve con él una verdadera relación filial, cuyas connotaciones afectivas fueron más íntimas que las de un profesor con sus alumnos.

Mario Brea nació en un hogar de intelectuales y maestros de escuela, de modo que los secretos deleitosos de la cultura y la vocación por la docencia lo impregnaron desde su juventud. Todos los éxitos posibles le llegaron por propios méritos, desde la medalla de oro de la facultad hasta las diversas designaciones para cargos docentes. Siendo muy joven, inició junto al profesor Arce, las primeras aventuras de la naciente cirugía torácica y en Alemania, trabajó con una beca junto al famoso Ferdinand Sauerbruch, creador de la cirugía torácica abierta. Luego se sucedieron numerosos viajes, y este hábito del intercambio sin fronteras, le permitió iniciar amistades notables así como también recoger observaciones novedosas.

“Siempre puede aprenderse algo de una enfermera”, le escribía a un discípulo siendo ya profesor y con esta frase manifestaba su humildad

al reconocer que en la actividad médica no existen jerarquías convencionales sino una convergencia de esfuerzos multidisciplinarios; todos ellos útiles y válidos en beneficio del enfermo.

En épocas de autoritarismo y decadencia moral, el Dr. Brea trabajó silenciosamente sin doblegar su insobornable conducta democrática. Luego de la normalización universitaria, posterior a 1956, se lo designó profesor titular de cirugía con los concursos legítimos. En el viejo Hospital de Clínicas, comenzó la etapa más fructífera de su vida al crear y afianzar las residencias médicas; sin duda el elemento más renovador de la medicina argentina en los últimos años.

Más que profesor fue un maestro, trabajador infatigable, entusiasta de la medicina; el primero en llegar por la mañana al hospital y el último en retirarse, sin desdeñar ningún campo del ejercicio profesional, siempre curioso en los insondables laberintos de su ciencia y apasionado por enseñar. Muchas generaciones de médicos se formaron a su lado en esas reuniones vespertinas que dirigía; en esos ateneos clínico-quirúrgicos donde su palabra breve y exacta definía un preciso diagnóstico y donde su criterio resultaba siempre pleno de brillante inteligencia. Inspiraba autoridad y respeto con su sola presencia; a pesar de su actitud modesta y al mismo tiempo despertaba

* Discurso pronunciado en el aula magna del Hospital de Clínicas al inaugurar las Primeras Jornadas Científicas, el 21 de octubre de 1985.

un gran cariño por sus colaboradores y alumnos, que con verdadera mística se aglutinaban a su lado. Sin exaltarse nunca, con la serenidad propia de un clásico, hablaba parcamente pero su lenguaje desprovisto de circunloquios condensaba argumentos lúcidos y profundos.

A fin de entregarse con mayor intensidad a su cátedra, renunció a muchos logros personales de su actividad privada como cirujano y fue uno de los primeros en adoptar la "dedicación a tiempo completo" en el hospital. Luego de una maduración en el ejercicio experimental y estimulado por la visita de su amigo, el cirujano sueco Craford, inició la cirugía cardíaca en nuestro país; ya en 1960 el Dr. Brea reunía la mayor casuística de operados del corazón y los mejores resultados con la circulación extracorpórea. La cátedra del Hospital de Clínicas se convirtió de esta forma en un foco formativo de cirujanos generales y en el centro principal de cardiocirugía en Argentina.

Paralelamente, desarrolló su vocación por la educación médica apasionado por su creación de las residencias; obra fundamental que permitirá consagrar su nombre. A pesar de las dificultades de los primeros tiempos y de los poderosos intereses creados en contra de esas novedades pedagógicas, logró, al cabo de diez años, la extensión y oficialización de las residencias en todo el país que ya se encontraban protegidas por reglamentaciones y concursos unificados. Dirigió entonces el Consejo Nacional de Residencias Médicas y fundó la Socie-

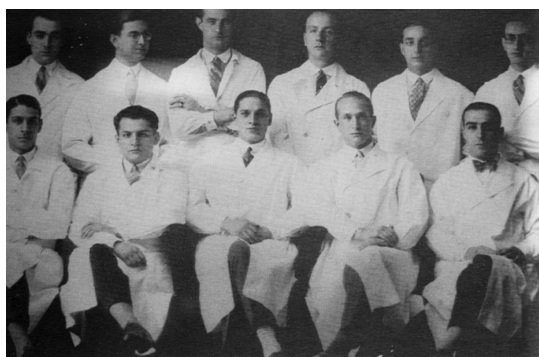
dad Argentina de Educación Médica.

También se desempeñó como consejero en la Facultad de Medicina; siempre respetado por los estudiantes y los colegas de diversos grupos, que advirtieron a través de sus actos, la presencia de un hombre excepcional solamente comprometido con la verdad y la honestidad; enemigo de toda demagogia, austero en su dialéctica y sobrio en sus emociones, insobornable partidario de la legítima democracia universitaria. Fue así cuando, en 1966, el presidente de facto lo llamó para integrar un ministerio técnico en el nuevo gobierno, puso como condición que se respetara la autonomía universitaria amenazada. Esas posibilidades no se dieron; el Dr. Brea no aceptó el ofrecimiento que pudo convertirlo en ministro, y la universidad sufrió posteriormente las duras alternativas que él supo vaticinar a tiempo. Entonces, como tantas otras veces, prefirió seguir siendo Mario Brea.

Alcanzó los máximos sitios en su especialidad como ser: miembro de numerosas corporaciones extranjeras que reconocieron sus trabajos y en nuestro país, Presidente de la Asociación Argentina de Cirugía, de la Sociedad Argentina de Cirujanos, de la Academia de Cirugía, de varios Congresos nacionales y como vicepresidente de la Liga Argentina de Lucha Contra el Cáncer.

Fue decano de la Facultad de Medicina, en una etapa memorable de múltiples realizaciones, donde habló poco, no pronunció ningún discurso, pero trabajó con seriedad en proyectos de fondo. También ocupó en 1971 la Secretaría de Salud Pública de la Nación, y en esas funciones, procuró lograr algunos cambios significativos en lo que respecta a la organización de la asistencia médica; apuntando siempre a los beneficios del enfermo y no en los intereses egoístas o en las ventajas sindicales. Pudo afirmar como Thomas Mann que *"Todo interés por la enfermedad y la muerte no es más que una expresión del interés por la vida, por el delicado hijo de la vida que es el ser humano"*.

Sus ideas produjeron muchas veces resisten-



Practicantes del Hospital de Clínicas de 1927

De izquierda a derecha, de pie: J. Serrá, Mario Brea, L. Seveso, Anibal Introzzi, José Pángaro. Sentados: Juan Carlos Rey, M. Reyes, Augusto Casanegra, Guillermo Iacapraro, E. Domínguez.

cias y críticas, pero en definitiva se anticipó a los tiempos porque esas ideas son las que ya están afianzadas en la actualidad o bien sirven como proyecto. En esta misma sala, se pretendió juzgarlo públicamente. Pertenece a esa selecta clase de hombres argentinos que Alberdi denominaba “desterrados internos”, es decir, eminentes personalidades que el país no supo aprovechar, que actuaron casi siempre marginados, perseguidos o limitados, mientras los mediocres accedían al poder. Es el caso de Braun Menéndez, de Lanari, de Brea, de Houssay, quiénes fueron desaprovechados por un medio, a veces, hostil y por condiciones generales lamentables.

La vigorosa personalidad de Brea pertenece a la estirpe sarmientina; fue un investigador con inquietudes filosóficas, un observador lúcido de la realidad y un lector culto.

Conducía con persuasión; su autoridad la ejercía sin violencia; estimuló a los más capaces y sus discípulos, reconocen hoy con orgullo, la filiación de su escuela y la excepcional condición de su amistad.

A pesar de tanta grandeza, era modesto, capaz de trasladar una camilla y de ayudar a

vestir a un enfermo en el consultorio. Estando ya jubilado una tarde esperó media hora en la antesala de la guardia para ser atendido sin darse a conocer. Otra vez, fue invitado a Mar del Plata para realizar la primera operación de corazón en esa ciudad. Ante el público reunido en el quirófano, entregó el bisturí a uno de sus ex-residentes que vivía en Mar del Plata y se ubicó como ayudante del joven cirujano; quien demostró así su solvencia y de esta forma quedó consagrado. A muchos nos enseñó las cosas más simples y subalternas de la cirugía: hacer una sutura y curar una herida y en esa entrega generosa se advertía su amor al trabajo, su modestia espartana y su confianza en los jóvenes.

El destino y la barbarie lo golpearon cruelmente y murió de pena.

Hoy pensamos que la vida de Mario Brea se identifica con la imagen de nuestro hospital; que así como sucedió en nuestra institución fue atacado, provocó envidia, se destacó como el mejor y fue gloria de la medicina. Como nuestro nosocomio se irá engrandeciendo con el tiempo.